

La práctica de la cantería nos acerca al estudio de las canteras históricas en la Alcarria (Isabel Ludeña); el estudio sistemático de las marcas de canteros permite a Martínez Martínez alcanzar conclusiones muy sugerentes sobre la construcción de la iglesia románica de la Magdalena en Zamora; mientras que varios autores de la asociación “Piedra/Patrimonio, Investigación, Cultura y Arte” de Villamayor reflexionan sobre la patrimonialización de las actividades y los restos materiales de las canteras de la piedra franca de Salamanca.

Finalmente, como colofón a todo este conocimiento, Enrique Rabasa dirigió la realización y montaje de una bóveda elipsoidal ideada sobre el papel por el matemático francés Gaspard Monge en el siglo XVIII, pero no ejecutada hasta ahora.

En definitiva, una obra de marcado carácter multidisciplinar en la que sus editores han combinado de manera novedosa estudios sobre la difusión del saber de la cantería, la especialización de la práctica constructiva y el estudio de determinadas tipologías con nociones sobre restauración, patrimonialización y ejercitaciones prácticas de todo este saber.

LUIS VASALLO TORANZO
Universidad de Valladolid
luis.vasallo@uva.es

Begoña Alonso Ruiz: *Juan Gil de Hontañón, arquitecto del tardogótico, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2023, 360 pp.*

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC BY 4.0\)](#) / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC BY 4.0\)](#)

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.90.2024.367-369>

Atreverse a escribir una biografía de un arquitecto activo en el primer cuarto del siglo XVI en Castilla es labor que raya lo heroico. Juan Gil de Hontañón, uno de los muchos maestros de cantería originarios de Cantabria, hasta ahora no era bien conocido. Y no lo era por dos razones. La primera atiende a la documentación relativa a su vida y a sus obras, que es escasa, algo habitual en la Castilla de finales del siglo XV y comienzos de la siguiente centuria. Esto ya supone una limitación considerable, que ha llevado a hipótesis sobre su devenir y a atribuciones diversas según los autores, si bien el principal problema quizás radique en su célebre hijo, Rodrigo Gil de Hontañón, al que la historiografía ha dedicado sus esfuerzos, tanto por las importantes, y muchas, obras de arquitectura que realizó, como por estar mucho mejor documentado. Rodrigo Gil en cierto sentido ha fagocitado la figura de su padre, y de su poco conocido hermanastro, el también arquitecto Juan, que falleció joven.

Con estos presupuestos, dedicar dos décadas al estudio de Juan Gil de Hontañón ha sido una empresa no carente de riesgo. Se podía caer en meramente repetir lo sabido, o lo que se creía saber, para actualizar los conocimientos a partir de la relectura e interpretación de lo publicado sobre el arquitecto. No obstante, este estudio nos lleva a la conclusión de

que estamos ante algo diferente. La profesora Begoña Alonso, una de las principales conocedoras de la época tardomedieval, ha realizado un trabajo de investigación gracias al cual podemos asegurar que antes no sabíamos de Juan Gil de Hontañón y ahora sabemos.

Por el título del libro podemos pensar que estamos ante una biografía de un arquitecto y que la autora va a contracorriente en la historiografía, pues hoy no son demasiado valorados los estudios de este tipo, tenidos por propios de generaciones anteriores. Sin embargo, este acercamiento biográfico al arquitecto es especial. Es una biografía, porque así lo ha querido la autora, y es especial porque no parte de una figura de la que se quiere recomponer su vida; se parte de las obras, unas ya conocidas y otras que ella demuestra con datos que están relacionadas con el arquitecto, a la vez que expurga con razones de peso aquellas que se le habían atribuido sin demasiado sentido.

No obvia a su famoso hijo Rodrigo Gil, pero lo coloca en su sitio, separando las intervenciones de su padre de las que hizo cuando le sucedió en algunas obras, y muestra la dependencia que tuvo su estilo del quehacer de su padre. Asimismo, la autora llama la atención sobre el aprendizaje de Juan Gil de Hontañón junto a Juan Guas, y lo hace marcando con claridad lo que debe a su maestro y sus propias aportaciones, e incluso de su hijo mayor, homónimo, que por su pronto fallecimiento apenas participó en los grandes proyectos, salvo en la catedral de Salamanca.

Es habitual que las fábricas catedralicias, y también las de menor entidad, se prolonguen mucho tiempo, con lo que los arquitectos, y con ellos los estilos, se sucedan. Begoña Alonso lo ha tenido en cuenta y en vez –habría sido lo más fácil– de llenar páginas con la obra precedente y lo que continuaron otros maestros, ha sido capaz de ceñirse a lo realizado por Juan Gil de Hontañón, el objeto de su estudio.

Conocido es que en las primeras décadas del siglo XVI en España la tradición constructiva tardogótica estaba lejos de desaparecer. Edificios como el colegio de Santa Cruz en Valladolid, fundado por el cardenal Pedro González de Mendoza, no dejan de ser arquitectura medieval ajena a los principios renacentistas, por más que su portada –no la fachada, que muestra contrafuertes, pináculos y en origen vanos alanceados– introduzca decoración a lo romano, aspecto decorativo que en nada modifica la planta y alzado tradicionales. Lorenzo Vázquez, su supuesto responsable, es un maestro de raigambre medieval, y no solo por el trazado del colegio de Santa Cruz, pues en cuanto arquitecto del cardenal Mendoza trabajó para su hijo, el marqués del Zenete, en la remodelación del castillo de La Calahorra, próximo a Guadix, siguiendo los principios de la arquitectura renacentista italiana. Cuando el irascible marqués vio que Vázquez era incapaz de cubrir las pandas del patio con bóvedas de arista, pues un maestro de formación gótica estaba versado en hacer magníficas bóvedas de crucería, pero no sabía hacerlas de arista, pues se trataba de estructuras que exigían un conocimiento profundo, despidió de malas maneras al maestro. Y es que levantar bóvedas no era lo mismo que copiar de estampas motivos italianos, que mal que bien se utilizaban en la decoración. El patio del castillo-palacio de La Calahorra es un edificio italiano realizado en la primera década del siglo XVI que tardó en influir en los arquitectos españoles, pues estos, y entre ellos Gil de Hontañón, se mantuvieron fieles a una forma de construir que en buena medida obvió las novedades renacentistas.

No había razones para adoptar un estilo apenas comprendido, pues la arquitectura que se hacía en España era de gran calidad y no tenía por qué competir con la italiana, que se

basaba en otros principios, pero que no era necesariamente mejor. Begoña Alonso entiende esto perfectamente y en ningún caso trata de acercar a Juan Gil de Hontañón al Renacimiento. Destaca la utilización por el arquitecto de bóvedas de crucería en buena medida heredadas de Juan Guas, pero con su propia impronta. También se fija en algunas características del maestro, como la presencia recurrente de pilares recambiados en sus edificios, y las capillas treboladas. Juan Gil rehuyó el diseño de iglesias de salón, pues prefirió levantar las naves escalonadas, y optó por trabajar atendiendo al sistema de maestría (tasación) de lo construido, frente al que se iba imponiendo de destajo, algo que supuso el enfrentamiento con el arquitecto Juan de Álava en la catedral de Salamanca. Como recalca la autora, Juan Gil “nunca dejó de escribir en gótico”.

El genio tiene que ser fecundado por el saber y reconocido por el poder. Así, Juan Gil de Hontañón aprendió con el gran arquitecto Juan Guas y tuvo la suerte de entrar en contacto con el poderoso obispo Juan Rodríguez de Fonseca. Para él trabajó en la iglesia parroquial de Coca (Segovia), villa señorío de los Fonseca, donde se iban a colocar los sepulcros de la familia. El obispo, que desde 1505 ocupaba la sede de Palencia, le encargó erigir el claustro y la sala capitular de su catedral. Era una obra importante que le catapultó a otros encargos que se concretaron en 1512 al convertirse en maestro mayor de la catedral de Salamanca y un año después de la de Sevilla, y a participar en el rediseño de la Capilla Real de Granada.

Begoña Alonso documenta no pocos edificios como obra del maestro, y otros que por su inequívoco estilo y por las fuentes que lo sitúan en el lugar o en las proximidades también entiende que podrían ser suyos, pero siempre dejando claro que no hay documentación que respalde su autoría. Por otra parte, descarta atribuciones que carecen de base suficiente y que la historiografía en diferentes momentos ha querido que fuesen suyos.

Un último aspecto que hay que destacar es la indagación que hace la autora en los principios teóricos que rigen la obra de Juan Gil de Hontañón. Fundamental es el escrito de su hijo Rodrigo, que conocemos gracias a que lo recuperó el arquitecto Simón García en el siglo XVII y lo publicó mezclado con sus propias ideas arquitectónicas. Ninguno de los dibujos reproduce la obra de Juan Gil, mientras que sí conservamos plantas y alzados de la catedral de Segovia, ni de su mucho mejor documentado hijo, pero sirven para ver la forma de hacer del tardogótico y su evolución hacia nuevas formas a medida que avanzaba el siglo XVI. Había una teoría definida en lo que se hacía al comenzar ese siglo en España, pues como sentenció el arquitecto francés Jean Mignot al despuntar el siglo XV refiriéndose a la fábrica de la catedral de Milán: *ars sine scientia nihil est*. Juan Gil se basaba en la “ciencia”, que para él era de raigambre gótica, para levantar sus edificios, como Begoña Alonso demuestra en este libro.

Juan Gil de Hontañón, arquitecto del tardogótico es un libro de lectura obligada y agradable, pues está muy bien escrito, para entender la arquitectura del primer cuarto del siglo XVI en España y para conocer, ahora sí, a uno de los grandes arquitectos de ese período.

MIGUEL ÁNGEL ZALAMA
Universidad de Valladolid
miguelangel.zalama@uva.es